

cientemente arrancada á Pompeyo; de haberse apoderado de la autoridad y del ejército, que se habian arrebatado á Lépido; de haber reparado la Italia, entre sus propios soldados, sin reservar nada para los veteranos de su colega. Octavio, haciendo burla de tales acusaciones, dijo: *¿Cómo puede echar de ménos semejantes residuos el que ha conquistado la Armenia, la Media y el imperio de los partos?* Ofendido Antonio en lo más vivo con tan sangrienta ironía, renunció á invadir la Partiana, y se preparó á tentar un gran esfuerzo sobre el mar de Jonia. Siempre á su lado Cleopatra por miedo de que se aprovecharan de su ausencia para reconciliarle con Octavio y con su esposa, le ayudaba con sus tesoros y con sus naves. Samos fué indicada como el punto de reunion general de las fuerzas de todos los príncipes y de todos los pueblos, desde Egipto hasta el Ponto Euxino, y desde Armenia hasta Iliria. Allí distribuyeron los amantes sus horas entre los aprestos militares y placeres suntuosos, cuyos excesos hubieran sorprendido hasta despues de un triunfo.

Sacando Octavio hábilmente partido de todas las faltas cometidas por su adversario, expulsó á los dos cónsules que se oponian á sus designios (32), é indujo á Roma á declarar guerra, no á Antonio, sino á Cleopatra. Entonces Antonio repudió á Octavia, que, al abandonar la mansion conyugal, sólo se quejó de que se le reputara como causa de la guerra civil. Si se hubiera dado prisa á acometer á su enemigo cuando las personas más prudentes y distinguidas de Roma se manifestaban disgustadas de la ambicion de Octavio, cuando estaba el imperio desguarnecido de tropas, y descontenta Italia por una imposicion extraordinaria, tal vez hubieran seguido otro rumbo los destinos del mundo; pero por una parte el atractivo de los placeres, y por otra sus preparativos militares, determinaron á Antonio á dilatar la guerra hasta el año siguiente (31). Octavio se aprovechó de aquella próroga para aplacar los ánimos; arancó á los vestales el testamento que Antonio habia depositado en sus manos, y lo hizo leer públicamente. Como era totalmente favorable á los egipcios, desagradó de una manera imponderable á los romanos; de aquí se suscitaban cada dia nuevas inculpaciones. Tan pronto se susurraba que habia hecho donacion á Cleo-

patra de la famosa biblioteca de los reyes de Pérgamo, como que habia autorizado á los efesios para que la proclamaran reina; habia interrumpido su tribunal para leer los billetes amorosos que ella le dirigia; á la mitad del alegato de un orador célebre habia descendido de su asiento para acompañarla en su litera. Contábanse además otros hechos que, á pesar de su insignificante importancia efectiva, servian de pretexto á los que tenian más confianza en la fortuna de Octavio, ó á quienes indisponian los imperiosos modales de la reina de Egipto.

Grecia fué el campo donde tornaron á chocarse el Oriente y el Occidente. Antonio habia sacado de las provincias que poseia en Asia y en Africa doscientos mil peones, doce mil ginétes y ochocientas naves. Seguíanle en persona Bocco, rey de Mauritania; Tarcondemo, rey de la Cilicia superior; Arquelao, rey de Capadocia; Filadelfo, rey de Paflagonia; Mitrídates, rey de Comagena; Adalla, rey de Tracia. Además habia recibido tropas de Palemon, rey del Ponto; de Malco, rey de los árabes; de Herodes, rey de los judíos; de Amintas, rey de Licaonia y de Galacia; por último, estaba en marcha para incorporársele un ejército de getos (29). Octavio, que mandaba desde Iliria hasta el Océano, en la costa de Africa que hacia frente á Italia, en la Galia y en España, no contaba en sus filas un solo príncipe extranjero. Sus fuerzas consistian solamente en ochenta mil hombres de infantería, doce mil caballos y doscientas cincuenta naves, si bien mucho mejor equipadas que las del enemigo.

Pronto á ser el primero en la pelea, fué al encuentro de Antonio, que estaba en Accio, y cerca de allí, en el golfo de Ambracia, la escuadra, mientras que Agrippa interceptaba en las costas de Grecia los convoyes de Egipto, de Siria y de Asia, y tomaba muchas ciudades á la vista del enemigo. No se necesitó más para promover desertiones en el ejército de Antonio, que, concibiendo grandes sospechas, condenó á morir en el tormento á muchos, cuya fidelidad le pareció dudosa.

Canidio, su general, le apartaba del propósito de atacar á la escuadra de Octavio, aguerrida en los combates contra Pompeyo: aconsejábale ganar con preferencia las llanuras de la Tracia y de la Macedonia, donde se podria des-

plegar con más ventaja el valor de sus tropas. Oia repetir á sus veteranos: *No te fies en tablas agitadas por las olas; deja los combates marítimos á los egipcios y á los fenicios; nosotros estamos acostumbrados á vencer en tierra, y á morir sin tender la vista á nuestra espalda.* Pero Cleopatra le determinó á combatir por mar, aunque desconfiaron lo suficiente del valor de los egipcios para hacerles incendiar sus naves (á excepcion de sesenta destinadas á escoltar á la reina), imposibilitándoles así de emprender la fuga.

Dióse, pues, la batalla (2 de Setiembre del año 29), Octavio, aunque tranquilizado por felices vaticinios, especialmente por el encuentro de un *burrero*, cuyo nombre significaba *acontecimiento dichoso*, que agujoneaba á un pollino, llamado el Vencedor, no por eso dejó de permanecer á distancia del peligro. Antonio expuso su vida con todo el arrojo de un veterano. Tenía el primero buques ligeros que se prestaban á hábiles maniobras; poseía el otro altos y macizos bajeles. Por ambas partes acreditaban los combatientes el valor más insigne, cuando se vió á las sesenta naves de Cleopatra singular á toda vela con rumbo al Peloponeso; no pudo soportar la egipciaca el espectáculo y el estruendo de aquella sangrienta refriega, á la que habia querido asistir en persona, ó desesperando quizá de la fortuna de Antonio, pensó en encadenar al nuevo vencedor desde entonces. Olvidando Antonio su honor y su bravura, siguió á Cleopatra. Si era inocente, queria defenderla; si culpable, impedir que se entregara á Octavio. De este modo se decidió la suerte de la batalla y la preeminencia en favor del Occidente.

La desercion del general produjo la derrota de la escuadra. Aún quedaba el ejército, que fuerte con más de cien mil hombres, contaba en sus filas á los vencedores de los republicanos. Estuvo siete dias en la inaccion delante del enemigo; luego los oficiales, ajenos de aquella fidelidad que sobrevive á la ventura, distantes los soldados de Italia y de su caudillo, que les abandonaba por una mujer, se decidieron á pasarse á Octavio; acontecimiento más decisivo todavía que la pérdida del combate naval. Así se encontró el vencedor dueño del Asia. Depuso á algunos príncipes, obligó á

todos á que le pagaran enormes cantidades, perdonó á muchos romanos y libertó á los demás del último suplicio. Antonio no encontró fidelidad más que en los gladiadores que mantenía en Cízica; cruzaron el Asia Menor, la Siria, la Fenicia, el desierto, para ir á incorporársele en Egipto.

Victima de la vergüenza y del despecho, continuó huyendo tres dias sin ver á Cleopatra, habiendo abordado despues á Ténaro, en la Laconia, se reconcilió con ella. Recompensó generosamente á sus amigos, invitándoles á que buscaran fortuna en otra parte, y se encaminó á Egipto con la que le habia perdido. Pero al verse tambien abandonado por las cuatro legiones de la Cirenaica, se entregó á una desesperacion sombría y se retiró á la torre de Timon, cerca de Alejandria, para aguardar allí la muerte. El amor de la hermosa reina se habia disipado con la ventura de su amante; acudió, no obstante, á embargar nuevamente sus sentidos en aquel retiro, y mientras enviaba al vencedor el trono y el cetro de oro, todavia halagaba al vencido, embriagándole con deleites y esperanzas. Formó una sociedad de los *inseparables en la muerte*, con los cuales se pasaban las noches en festines: de dia ensayaba diferentes venenos en sus esclavos para asegurarse de cual de ellos causaba agonía ménos dolorosa, y acariciaba á su amante con la idea de morir en su compañía ó de retirarse juntos á lejanas soledades.

A este tiempo se aproximaba Octavio, y Cleopatra le entregaba Perusa, llave de Egipto, y recibia de su parte galantes mensajes. Sin concebir Antonio ninguna sospecha se batió desesperadamente, cuando se presentó el enemigo delante de las puertas de Alejandria, y al volver á la ciudad abrazó á Cleopatra, á quien ofreció sus mejores soldados para defenderla hasta la muerte. Al dia siguiente le hizo traicion su caballería, y su infantería quedó deshecha; al mismo tiempo se vió á la escuadra de Egipto unirse á la de Octavio, quien soltó la carcajada al saber que su adversario le proponia un duelo. Entonces se atravesó con su espada; pero quiso morir cerca de Cleopatra, y por medio de una cuerda mandó que le izaran en el mausoleo, donde se habia encerrado, á fin de exhalar á su vista el postrimer suspiro.

Acababa de cumplir cincuenta y tres años. Su carácter fué una mezcla de buenas y de malas cualidades, que se manifestaron segun las alternativas de su fortuna; tal vez hubiera sido virtuoso, si le hubiera experimentado el infortunio. Secundó útilmente á César; ascendió al poder, abusó como todos los que disponian entonces de la pujanza de Roma: sin embargo, fuerza es reconocer que le han calumniado frecuentemente Ciceron y los aduladores de Augusto. Su memoria fué declarada infame por el Senado, y á pesar de todo su posteridad debia ascender al trono negado á la de Octavio.

Manifestóse éste enternecido por la muerte del que habia sido su cómplice en las proscripciones y cuyo valor le habia allanado el camino del imperio. Entró en Alejandria platicando familiarmente de filosofia con el platónico Areo, y declaró que perdonaba á aquella ciudad en consideracion de su fundador y de Areo su amigo. Insensible al dolor de Cleopatra, que aparentaba pensar en suicidarse, y á las insinuantes caricias con que procuraba seducirle, fué su único deseo conservarla la vida para ornar su triunfo; pero la horrible idea de ser presentada en espectáculo como objeto de lástima, dentro de una ciudad donde habia excitado envidia, la determinó á hacer que la picara un aspid. De este modo supo libertarse de aquel á quien no habian podido vencer sus encantos.

Con ella terminó la raza de los Lagidas, que habia durado doscientos noventa y cuatro años. Cuéntase que la víspera de la derrota de Antonio bajo los muros de Alejandria, perturbó el silencio de la noche una armonía de mil instrumentos y el concierto de gran número de voces. Todo el mundo presumió que era Baco Osiris que abandonaba su antigua morada para pasar al campamento de Octavio. Con efecto, concluía la sociedad oriental que habia sustentado la lucha con Occidente. Desde entonces, el culto de la naturaleza, las sangrientas conquistas, y la embriaguez de los sentidos debian ceder el puesto á otras máximas y á otras glorias, revelacion de otro mundo.

Hemos visto á ese Egipto, que se mostró tan grande á los principios de la historia, abrir sus templos á otras divinidades, sus fronteras á otros pueblos, y aun sufrir la servidumbre contra la cual no se habian pertrechado más que

con el aislamiento. La dominacion de los Ptolomeos pareció haberle comunicado nueva vida. Bajo ellos adquirió Egipto una prodigiosa opulencia, merced á la admirable situacion de Alejandria, convertida en centro del comercio del mundo, y cada vez más enriquecida con el creciente lujo de los romanos. No le causaron grandes males las frecuentes revoluciones que se operaron en su seno, atendido que la capital era casi siempre teatro de ellas, y el resto del país seguia su impulso, sin experimentar grandes perturbaciones. El pueblo, que al principio tenía horror al mar, acabó por deber su prosperidad á la navegacion, y por mantener en Accio la balanza entre el Oriente y el Occidente. Aun tal vez, sin el insensato capricho de Cleopatra, hubiera dado la victoria á Antonio. Demuestra que el esplendor de aquel país fué debido exclusivamente al comercio, el fabuloso acrecimiento de Alejandria, cuando esta ciudad cayó bajo la dominacion romana, y cuando el nombre de Egipto dejó de ser mencionado durante muchos siglos por la historia.

Octavio sacó de allí tantos tesoros, que el dinero cayó del diez al cuatro por ciento en Italia, y el precio de los géneros se aumentó proporcionalmente. De tal modo conoció el vencedor la importancia de aquella provincia, que decretó que ningun senador pudiera lograr su gobierno, ni aun poner el pié en su territorio sin autorizacion suya. Debia ser administrada por un simple caballero investido con un poder absoluto, aunque bajo la dependencia del emperador.

CAPITULO XL.

Augusto.

Incapaz de hacer una revolucion, aunque habilísimo en aprovecharse de las que se habian consumado, despues de haber arreglado Augusto los negocios de Asia y de las islas, tornó á Roma, donde consiguió que se le adjudicase un triple triunfo; el primero por sus victorias en Dalmacia; el segundo por la batalla de Accio; el tercero por la sumision de Egipto. Tambien se le decretó el título de *Imperator*, no ya como simple denominacion honorífica, sino como señal de autoridad, y para indicar, segun la expresion de Dion, un poder casi divino; fué sa-

ludado con el nombre de Augusto, bajo el cual le designa la historia, y el mes *sextilis*, en que triunfó, recibió el nombre de *Augustus*.

De este modo el hombre más desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacia en una época en que sólo se hacia fortuna con las armas; cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar al mundo reposo el que no habia cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio precisamente su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Ciceron, no hacia sombra á los senadores, hácia los cuales se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendia sus derechos; es decir los derechos á las distribuciones y á los testamentos, mientras se apropiaba lo que existia más sólido y efectivo. Empeñáronse los soldados en amarle contra su costumbre, á pesar de ser cobarde y perezoso, quizá porque conocian hasta qué punto necesitaba de ellos, y porque le habian tomado en cierto modo bajo su patrocinio.

Habiase reanimado la querella entre patricios y plebeyos despues de la institucion del tribunado, y más descubiertamente despues de las democráticas tentativas de los Gracos. Es un triunfo para la aristocracia la muerte de los dos hermanos: Mario venga al pueblo; Sila restituye el poder á la nobleza; Sertorio, Lépid, Catalina la atacan nuevamente, y queda abatida por César en Farsalia. El favor que otorga á los asesinos del dictador el Senado es el último aliento de la aristocracia, que espira en Filipos; y habiendo llegado la infatigable democracia al término de sus combates, trabaja entonces por consolidar el despotismo de uno solo. No se trataba en la última guerra del triunfo de un partido, sino de averiguar á qué jefe obedecería la victoriosa democracia. Augusto, que venció al fin, recibió la autoridad del pueblo, cuyos derechos representaba, y del ejército que constituía su fuerza. Desde este momento se encontró asentada la autoridad sobre las dos bases más sólidas del despotismo.

Todas las revoluciones anteriores se habian operado con las armas, y hollando la justicia y las leyes; de consiguiente habian sido rápidas y una sola batalla las habia decidido. Sila, Cra-

so, Pompeyo, César habian habituado á los soldados á creerse el todo en la república, á obrar á pesar de ella y en contra suya. Craso hizo la guerra á los partos y César á los galos, sin decreto del Senado ni del pueblo; Gabinio, á despecho de un decreto en contra, fué á restablecer en el trono á Ptolomeo, y no por eso dejó de solicitar el triunfo. Habian empleado los triumviros los ejércitos de la república en pelear por su propia ambicion. Ya no necesitaba el demagogo halagar á la muchedumbre, bastábale hacerse amigos y ganarse soldados.

Estos no propendian al triunfo de una opinion ó de una causa, sino al de un hombre, sino á recompensas esperadas. Era su dios un general pródigo de donativos: ¿faltaba á sus promesas? entonces se inclinaban á otro bando. Si se le vencía quedaba abandonado, porque no podia saciar ya su codicia. Bien se comprende que semejantes gentes no quisieran ó no pudieran oponer ningun obstáculo á Octavio, que, conocedor de que su fortuna era obra de ellos, estaba siempre dispuesto á galardonarlos. Los soldados de Lépid y de Antonio, que se habian incorporado á él, no por afecto, sino por avaricia, pretendian tambien ser reenumerados, y se les distribuyeron las tierras de las provincias dominadas y de las que habian permanecido pacíficas. Como esta distribucion no bastaba, vendió su patrimonio, pidió prestado á sus amigos y contentó á sus ávidos veteranos.

No podia presentarse más propicia coyuntura á todo el que anhelara representar el papel de pacificador del mundo. Roma se sentia debilitada por aquella interminablelucha; los caminos estaban infestados de bandas que despojaban á los viajeros, y se los llevaban esclavos. Dentro de la misma ciudad pululaban audazmente los bandidos; estaban arruinados los caballeros, hambrienta la plebe, las leyes ultrajadas, la Italia inculta, esquiladas las provincias. ¡Cuánto tiempo hacia que ningun hombre de consideracion habia acabado naturalmente su vida! Cada uno entregaba un puñal á su libertador que debia descargar á la primera seña, ó llevaba consigo un sutil veneno. ¿Quién podia estar seguro del mañana, contar con sus campos ni con sus esclavos? ¿quién podia decir al salir rodeado de sus clientes que no encontraría algun sicario que le asesinara legalmen-